

67

LOS VERSOS DE CORDELIA

Tankas del Samurái



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, abril de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es



@reinodcordelia



facebook.com/reinodcordelia



www.youtube.com/c/ReinodCordeliaor

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Jacob Lorenzo, 2022

©Prólogo de Ioana Gruia, 2022

Cubierta: Soldado japonés del período Sengoku, de autor anónimo

IBIC: DCF

ISBN: 978-84-19124-12-8

Depósito legal: M-8714-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egidio

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tankas del Samurái

Jacob Lorenzo

Prólogo de Ioana Gruia



Índice

Prólogo El rumor que hay dentro de nosotros	9
Prólogo del huérfano	19
Padre	21
I RAMAS DE ALMENDRO	23
II COSECHA	49
III AZUL CANSADO	83

Prólogo

El rumor que hay dentro de nosotros

DESDE QUE LEÍ los primeros versos de este libro supe que me encontraba ante una voz muy poderosa: «Siempre noté un rumor dentro de mí, / como el de un almacén abandonado, / vacío, junto al mar». Decía el inmenso y añorado poeta Joan Margarit que los rasgos principales de la poesía son la concisión y la exactitud, y los poemas que componen *Tankas del samurái* responden a esta acertadísima afirmación. Versos precisos, desgarrados, que nos amparan a la vez que muestran su lucidez en un perfecto equilibrio entre inteligencia y emoción.

El principio, significativamente titulado «Prólogo del huérfano», nos ofrece las claves fundamentales de *Tankas del samurái*: el yo es un niño abandonado por su padre que oye siempre en su interior el rumor de su abandono, de su vacío. Un abandono y un vacío que no son conceptos, sino lugares corporeizados que lo definen íntimamente y a los que no puede escaparse, porque nunca podemos escaparnos al rumor que hay

dentro de nosotros, al rumor que se filtra en nuestro cuerpo y que podemos sentir en la piel. «Todos los niños abandonados acaban además siendo huérfanos de sí mismos», leemos en el texto que abre el libro, donde se cuenta el encuentro entre el famoso poeta japonés del XVII, Basho, con un niño abandonado por su padre. «Puede que sea yo mi propio extraño / y que mi sangre no me pertenezca / aunque disponga el cauce, / y lo surque hasta el último latido», seguimos leyendo en el «Prólogo del huérfano». El rumor permanente del almacén abandonado hace que se sienta un habitante extraño de su propio cuerpo y a la vez perciba la insoportable materialidad del vacío que se produce en su interior como consecuencia del abandono: «Ya no me habita nadie, / solo la luz del frío entre los huesos, / solo la lucidez de la inminencia».

Eso hay en los versos de *Tankas del samurái*: la lucidez de la inminencia, la construcción de una verdad difícil, devastadora. Leo una y otra vez «Prólogo del huérfano» y oigo con claridad «el crujir del corazón»: «Huérfano de mí mismo / en esta blanca cláusula del miedo. / Desde tu lejanía, ¿no me oyes? / ¿No sientes el crujir del corazón, / lleno de ascuas vivas y hojas secas?».

A los lectores de *Tankas del samurái* los acompañará siempre, estoy segura, la magnífica, increíble imagen del corazón que cruje bajo el crepitar de las ascuas y la hojarasca que acumula. Igual que los acompañará

la devastadora definición del padre que abandona en «Padre»: «Eres esa negrura / que sobrevuela sucia la memoria». O sentencias tan precisas como: «No se puede volver / adonde se ha olvidado». O el diálogo con el padre que abandonó al niño: «Estás muy lejos / y qué claro oigo el viento».

Hay una reflexión muy lúcida sobre qué significa la casa, el hogar, para un niño abandonado: «El hogar es / donde la gente cree / que estás viviendo. / Sobre el acantilado / anida aquella nube». La imagen de la nube encima del abismo, muy sugerente, subraya la fragilidad que envuelve un espacio que debería funcionar como protección contra la intemperie. Que la intemperie existe lo sabemos, pero que no haya manera de escapar a ella, de tener un refugio sólido, es sobrecogedor. En el momento del abandono todo lo sólido se desvanece en el aire, se convierte en gaseoso, flotante. En una nube sobre un precipicio.

La poesía aparece en *Tankas del samurái* asociada a un arma afilada. Algo que nos apunta literalmente al corazón, al corazón crujiente que esconde ascuas vivas y hojas secas, porque encontramos «un haiku / con su katana». Las metáforas de la luz y el fuego que acompañan al cuerpo y al corazón son muy precisas, construyendo un potente impacto visual: «Un hombre solo / es un puente encendido. / Lo sobrevuelan / luciérnagas desnudas / como pavesas, ascuas».

En el libro hay no solo imágenes muy poderosas, sino también olores, olores de una infancia marcada por el abandono, olores imposibles de retener porque también se desvanecen en el aire: «El aroma a niñez / me inunda y me abandona». No hay refugios firmes, ni olores recuperados con nitidez, sino una permanente sensación de fragilidad, de algo que se escapa entre los dedos, que se resiste al recuerdo y a la convocación porque su propia solidez fue siempre un espejismo. Es la noche interminable de la infancia («Donde la infancia enciende / su noche interminable») la que planea y arde en este libro hermoso y emocionante, sutil y contundente a la vez.

La conversación con el padre ausente porque abandonó al niño hace cruzar literalmente el corazón, como en estos versos de una belleza sobrecogedora: «Este silencio, / este mar en mis ojos, / ¿será la muerte? / ¿Serás tú en la distancia / llorando como yo?».

Tankas del samurái es un libro de los que no se olvidan, destinado a la relectura. Un libro de versos pulcros y desgarradores, un libro que nos acompaña como un amigo compasivo pero siempre lúcido, y esto es lo que debemos pedir a la poesía.

IOANA GRUIA



A Francisco Lorenzo Cánovas,
que fue mi padre cuando tuvo
que serlo y también cuando no.



En 1682, el *haijín* Basho se encontró a un niño abandonado por su padre en la orilla del río Hizigawa. Según el poeta, su padre no pudo mantener la ola que es el mundo. Al llegar hasta él, le lanzó un trozo de pan y le dijo que sus padres no se habían olvidado de él para hacerle daño, que el abandono era una orden del cielo. Desde ese día todos los abandonos son el mismo. Todos los niños abandonados acaban siendo, además, huérfanos de sí mismos.



Parece escarcha
un niño abandonado.
Lo cubre el viento.

BASHO

Prólogo del huérfano

SIEMPRE NOTÉ un rumor dentro de mí,
como el de un almacén abandonado,
vacío, junto al mar.
Estuve vigilado desde dentro,
alguien, algún extraño, me ocupaba
y cuando a él le hervía la tristeza
empleaba mi sangre para aplacar el fuego.
Creía que ese vil desconocido
podía ser mi padre, que tal vez
él era quien ardía entre mis venas.
No. No es él, pero ¿entonces quién sufría
en mí? ¿Quién era el que nos incendiaba?
Puede que sea yo mi propio extraño
y que mi sangre no me pertenezca
aunque disponga el cauce

y lo surque hasta el último latido.
Desde este descampado frío y blanco
presiento que no hay nadie ya conmigo,
que me han abandonado en la cuneta
sombria del pasado.
Quiero creer en islas donde siempre se vuelve,
en que mi padre sea como Ulises,
una promesa viva
en el incendio azul de la memoria.
Ya no me habita nadie,
solo la luz del frío entre los huesos,
solo la lucidez de la inminencia.
Huérfano de mí mismo
en esta blanca cláusula del miedo.
Desde tu lejanía, ¿no me oyes?
¿No sientes el crujir del corazón
lleno de ascuas vivas y hojas secas?
Como esas briznas verdes abrasadas
por culpa de la nieve y el olvido
desapareceré sin nadie aquí.
Inevitablemente.

Padre

ERES esa negrura
que sobrevuela sucia la memoria.
Un vencejo clavado
en el cielo rojizo
de un corazón pequeño que atardece.

I

RAMAS DE ALMENDRO



EN el invierno
el hijo del guerrero
inventa espadas
con ramas del almendro.
La espera las afila.

EL samurái
afila su metal.
De noche el frío
le clava su katana:
dulce recuerdo. Y llueve.

CUANDO el olvido
acecha, la distancia
es infinita.
No se puede volver
adonde se ha olvidado.

UN frío azul
ha cortado la cara
del samurái,
hay un fragor de mar
en la hoja de su espada.

Y^A se hace tarde
y parte el samurái
hacia la guerra.
Hacia la más cruel:
enfrentarse a sí mismo.

No tiene miedo
si le inunda la noche.
Cuando oscurece,
la compasión y el héroe
se vuelven invisibles.

TRAS el combate
se alumbra su memoria.
Incertidumbre.
En todo lo que mira
ve la luz de la muerte.

ESTÁS muy lejos
y qué claro oigo el viento.
Ruge. Te azota.
Silbando en el acero
antiguo de tu alma.

ESA humildad
que te disuelve, azul
en el entorno.
Igual que lo hace el cielo
con el mar, sin esfuerzo.

A CAMPO abierto
la espada de una espiga
que sobrevive
en su delicadeza.
Se parece a una tanka.

EL hogar es
donde la gente piensa
que estás viviendo.
Sobre el acantilado
anida aquella nube.

EL vuelo armónico
de antiguas golondrinas.
Sobre tus ojos
se extingue su murmullo
en eterno cobalto.

*A Jesús Urceloy, maestro que conoce
la potente levedad del instante*

CON su katana
raya un haiku en el tronco
de un abedul,
y los dos atardecen.
Zarpazo de la vida.

UN hombre solo
es un puente encendido.
Lo sobrevuelan
luciérnagas desnudas
como pavesas, ascuas.